

las colinas de asperón que bordean la meseta hacia el noroeste, pisando tierras secas, áridas, consideradas, en vista de su elevación, como verdaderas *Punas*. Por la noche hizo un frío muy penetrante, y la temperatura pareció llegar a una altura cercana a la de La Paz, alrededor de 4.700 metros sobre el nivel del mar. El camino me condujo, pasando frente a otros dos lagos, hasta el villorrio de Baca, distante ocho leguas de Arani. Ese villorrio, poblado por indios quichuas, se compone de cincuenta a sesenta casas, cuyos techos de paja no revelan gran bienestar. No hay corregidor, ni alcalde. Me presenté ante el cura, que, contrariamente a sus colegas, siempre de lo más hospitalarios, faltó, respecto a mí, a uno de los elementales deberes del cristiano. Sólo hallé en él grosería y ninguna ayuda. Por desgracia su ejemplo, imitado por los indios, me expuso al doble inconveniente de acostarme al aire libre y no conseguir nada de comer. La necesidad obliga por lo general a cambiar de conducta; y, viendo que nada podía obtener de buen modo, tomé el partido de usar el derecho del más fuerte. Mi gente, aunque sólo se componía de algunos hombres, estaba bien armada. Podía arriesgarlo todo; no vacilé un instante. Dos tiros de fusil me procuraron una oveja y un pollo, que me dieron por lo menos la seguridad de satisfacer la más apremiante de las necesidades. Temí que ese acto de autoridad me atraería por lo menos fuertes peleas; pero no aconteció así. Vinieron humildemente a pedirme el precio de mi caza de corral; luego obtuve todo lo que podía desear, y hasta agasajos de los habitantes. No por eso dejé de instalarme en un recinto aislado fuera del burgo, prefiriendo tener como techo la bóveda del cielo antes que las sucias casas de los indígenas.

Al amanecer, recorrí los alrededores, visitando sucesivamente las lagunas, la orilla del río Conda o bien las colinas cultivadas de los alrededores de Baca. En todas partes las llanuras

*24 de octubre* situadas al pie de las montañas están sembradas de trigo o de papas. Las colinas están cubiertas de rebaños de ovejas y las orillas de los lagos de vacunos. Busqué en vano algunos árboles, cuando, a lo lejos, creí ver una palmera de tronco esbelto. Estaba tanto más asombrado cuando esas hermosas plantas no crecen en las regiones elevadas. Me acerqué y reconocí una magnífica especie de agave. Su tronco delgado, de dos a tres metros de alto, estaba coronado de un conjunto de numerosas hojas largas y puntiagudas, y formando una bola de aspecto muy pintoresco. Por desgracia, esas plantas son poco numerosas, y el poco aprecio que se les tiene, las hará desaparecer del todo en esas regiones.

Al abandonar Baca, seguí costeano la colina hasta el final del valle. Ascendí después por caminos terribles, marchando sobre piedras desprendidas hasta la cima de la montaña, donde el sendero ocupa la cresta de la misma cadena, contra la cual se apoya Baca.